

## HIJOS DEL HIELO

David Jasso

1

Todo fue culpa mía. Yo soy la única culpable. Los demás solo se dejaron llevar. Incluso Manuel. Y Eliseo. Sobre todo Eliseo. Pobre Eliseo. Si yo me hubiera comportado como una mujer decente, si hubiera seguido los preceptos de la Iglesia, si hubiera sabido moderar mis impulsos, nada de lo ocurrido hubiera tenido lugar.

Nos hubiésemos evitado lágrimas, dolor y pérdidas irreparables. Por supuesto yo no pude imaginar cómo acabaría todo. Ni remotamente. Los gritos, la sangre, el hielo... Claro que no pude imaginármelo. Claro que no. Si no, no hubiera hecho lo que hice. No hubiera apoyado a esos pobres niños necesitados de amor. Hubiera retirado la vista de sus rostros tristes, sucios de tierra y pena, les hubiera negado el abrazo y el consuelo. No habría peinado sus cabellos de brisa ni acariciado su piel de agua. De haber sabido lo que iba a pasar, hubiera partido sendero abajo para perderme en la noche, como un antiguo recuerdo; dejando todo atrás, la casa, el matrimonio, el amor, la vida... Ay, de haberlo sabido... de haberlo sabido...

Ahora miro por la ventana a la oscuridad, el viento convertido en fantasma silba entre las rocas y los matojos. Me asusta mi reflejo en el cristal, la imagen borrosa de una mujer que llora, no me había dado cuenta de que estuviera llorando. Fuera, unos niños juegan al escondite con la luna, su pálida luz no puede atraparles. Se esconden en el viento. Ríen.

En el origen de todo está la pena y la intención de ayudar. Dicen que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. Y de sueños sin cumplir, añadiría yo. Y de pequeños errores. Incluso de amor, brillantes piedrecitas afiladas con las que no te importa tropezar una y otra vez. El amor. Ese fue mi error, no poder acallar mis sentimientos, dejé que salieran al exterior hasta hacerme estremecer.

Siempre he sido una mujer buena y caritativa, siempre he intentado hacer de éste un mundo mejor. Todos en el pueblo conocen mi origen humilde.

La miseria me enseñó lo que era el hambre y lo que significaba esperar a la lluvia para poder recoger los frutos del pequeño huerto; me obligó a compartir con mis hermanos los pocos huevos de las ponedoras, a valorar el pan tierno cada quincena y el sabor de los melocotones hurtados a la carrera por varios niños en el huerto del terrateniente. Sé lo que es el invierno en esta tierra reseca, con ese viento que se cuela por rendijas invisibles y llena la casa de olor

a escarcha, ese frío que se aferra a la garganta y adormece hasta las ilusiones. Sé lo que es levantarse antes del amanecer y salir a faenar al campo con papá y mamá, volver con los dedos resquebrajados de recolectar almendras, la espalda dolorida de inclinarme en las vides y las piernas arañadas por los zarcillos de los ribazos.

Cuando me dejaba caer en el viejo colchón de lana que compartía con mi hermana, el cansancio me vencía y mis ojos se cerraban antes de que sus labios desearan buenas noches a mi mejilla. Sé lo que es salir a los foces para buscar carrasca para la lumbre y caminar kilómetros con el hatillo de leña a la espalda. Sé lo que es el hambre, el frío y la pena.

La pena. Esa pena que cada noche crepitaba en la chimenea, entre las cadieras y las viejas pieles de borreguillo ya peladas a corros. La pena que se ahogaba en el puchero de sopa aguada, entre cuatro trozos de verdura y el esqueleto reutilizado de una vieja clueca muerta de vieja. La pena que no se extinguía cuando soplábamos a la llama de las candelas al acostarnos todos en la misma habitación, entre resoplidos, pedos y roces disimulados. La pena que correteaba entre las sombras acompañando las rápidas carreras de los roedores sobre el suelo de tierra prensada. La pena. La misma que ahora, años después, atenaza el corazón de la mujer reflejada en la ventana.

La misma pena que sentí hace unos meses cuando el cuerpo de Candela descendía hacia las entrañas de la tierra. Mi corazón se estremeció al ver a sus hijos, el niño y la niña, abrazados muy juntitos sin entender muy bien qué le había sucedido a su madre. Lloraban quedamente, como si no se atrevieran a romper el silencio de la soleada mañana. Casi parecía inadecuado que el sol luciera con tanta fuerza en ese día en el que en los corazones llovían lágrimas.

Prácticamente todo el pueblo se encontraba en el cementerio. Manuel miraba el ataúd con expresión ausente, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza y todavía no se hubiera recuperado. No miraba a otro lado. Solo a la madera que ocultaba el cuerpo de su mujer.

Cólico, dijo el doctor, es lo que siempre dicen cuando no saben qué decir. Cólico o fiebres, en realidad nunca saben cuál es la causa. En menos de dos semanas Candela se había apagado, solo había dejado el vano consuelo de haberse marchado rápido y sin sufrir demasiado. Una triste compensación incapaz de igualar la pérdida inesperada e irreversible. Ahora, Manuel se quedaba solo y al cargo de dos niños pequeños.

La muchacha era un encanto, una de esas muñecas de porcelana que venden en la capital, seis años de pura sonrisa; me recordaba a mi hermana pequeña cuando tenía su edad, cuando todavía me miraba con admiración y respeto porque yo era la única que le prestaba un poco de atención. El niño, un par de años menor, tenía cara de pícaro y mirada tímida; enamoraba a cualquiera. Allí estaban abrazados, desorientados, llorando. Ese fue el principio: los dos hermanos abrazados en el cementerio. El drama de la desaparición de su madre fue doloroso, pero los acontecimientos se

encargaron de convertirlo en una mera anécdota. El desencadenante de la tragedia que ocurrió poco después.

En ese instante, en los dominios de la muerte, no pude evitar deslizar la mano por mi vientre infértil, llevábamos años intentándolo, pero la semilla de Eliseo no arraigaba en mí. Un vientre yermo y vacío, que jamás ampararía vida. Una mujer incompleta. Y los niños lloraban, mientras su padre los acogía de forma descuidada, aturdido, sin poder retirar la vista de la caja de madera que ya se hundía en la tierra. Cuatro hombres la hacían descender ayudándose por gruesas sogas. Y el cabello enmarañado de la niña tenía el color del trigo al atardecer. Y el niño se sorbía los mocos sin demasiado éxito, se limpiaba con frecuencia en el dorso de la mano. Sí, el principio fue la pena.

Giré la cabeza hacia mi marido. Eliseo contemplaba la escena con cierto distanciamiento, me pareció que se podría calificar incluso de frialdad. Tomé su mano con afecto; se dejó hacer, correspondió con un imperceptible apretón. Sabía que él tenía sus propias preocupaciones, últimamente todo iba de mal en peor y luchaba por mantenernos a flote. Me acerqué a él y capté su conocido aroma, muy parecido al de mi padre cuando nos mandaba a la cama al término de la jornada. Olía a lumbre, sudor, madera y hombre.

—¿Qué será ahora de ellos? —le dije al oído, tuve que hablar muy bajito, el silencio era completo. Podía oírse perfectamente el roce de las sogas contra las paredes de la fosa, el crujido de la madera al oscilar en su descenso, la respiración angustiada de los niños.

Eliseo me miró y subió los hombros en un gesto ambiguo. Quise creer que me decía que no lo sabía, no que no le importaba.

Me apretó de nuevo la mano. No, no lo sabía. Ssshhh, dijeron sus labios.

Si el viudo no podía retirar la vista del ataúd, yo no podía apartarla de los niños. El pequeño se separó de su hermana y se acercó medio paso hacia la fosa, estiró el cuello llevado por la curiosidad. Supe que se preguntaba por qué ponían a su madre en ese oscuro agujero. La niña lo atrajo hacia sí y le abrazó con fuerza. El chico seguía con el cuello estirado, pendiente del destino final de una madre que jamás volvería a estrecharle entre sus brazos.

Luego llegó el aterrador sonido de la tierra cayendo contra la madera. Paletadas de olvido incapaces de cubrir los recuerdos. En ese momento creí que se trataba del sonido más horrible posible. Algún tiempo después comprendí que aún había otro peor. El roce de uñas arañando hielo.

La comitiva regresaba al pueblo muy despacio, como si les costara abandonar allí atrás el cuerpo de Candela. A excepción de un par de pequeños carros en los que viajaban algunas personas mayores, todos volvíamos

andando, había un buen trecho que la pena convertía en aún más largo. Siempre cuesta recorrer el camino del cementerio, a veces incluso más, si es de regreso. Manuel caminaba por el sendero con un niño cogido en cada mano, escoltado por un pueblo silencioso, desafiando al discordante sol de media mañana. Eliseo, algunos otros y yo nos habíamos adelantado, los niños caminaban demasiado despacio.

—¿Qué será de los chicos? —volví a preguntarle a Eliseo, el aroma del tomillo pisoteado viajaba en el aire. En otras circunstancias hubiera resultado agradable pasear por esa suave loma.

Subió de nuevo los hombros.

—No sé —puso cara de circunstancias, la misma que ponía algunos años atrás cada vez que me llegaba la regla. Ahora ya hacía tiempo que no veía ese gesto, lo había admitido—. Manuel no es de aquí, es de Monegrillo, creo. Y ella tampoco era de Fuendetodos, por lo que no tienen aquí familia.

—Ya, ya sé. Por eso te lo preguntaba.

Suspiró resignado y montó el labio inferior sobre el superior.

—No sé, cariño. A lo mejor vuelve a su pueblo —con el siguiente paso dio una patadita a una piedra. El guijarro rodó un trecho sobre el polvo—. Hombre, los niños ya son mayores, pueden valerse por sí solos —chasqueó la lengua como si saboreara algo desagradable—. Sería una pena que Manuel tuviera que irse, es un buen trabajador.

Avanzó un par de pasos más mirando hacia el suelo, quizás buscando la piedra que había desplazado. Tragó saliva. Yo sabía en qué estaba pensando.

—De todas formas —continuó, cabizbajo—, tal y como va todo, ni siquiera sé si podré seguir pagándole el jornal mucho más tiempo. Lo más probable es que aproveche para marcharse.

Ante la idea de su partida sentí una punzada de pena, quiero creer que fue por los niños, pero recuerdo que la imagen que en esos momentos vino a mi mente fue el rostro de Manuel, esas facciones marcadas, la misma mirada pícara que poco antes había entrevisto en su hijo, y esa sonrisa amortiguada que solía mostrar, como si siempre estuviera esforzándose por reprimir un comentario jocoso. Sacudí la cabeza y me acerqué más a Eliseo

Fuimos de los primeros en llegar a la Culroya, casualmente quedaba de camino hacia el pueblo. Un par de empozadores habían venido junto a nosotros, hablando de sus cosas, probablemente del trabajo que les esperaba, habían perdido un buen rato con el entierro de la mujer de su compañero y ahora les tocaría recuperar ese tiempo. Se dirigieron a la pequeña puerta del neverón y aguardaron instrucciones de Eliseo.

—¿Voy a por el carro, patrón? —preguntó uno de ellos.

Eliseo le hizo un gesto con la mano para que aguardara. Fue junto a sus hombres. Yo le acompañé, siempre muy cerca. En estos duros momentos yo también era una más del equipo. Atrás quedaban los buenos tiempos de los